

BIBLIOTECA CLÁSICA

# TITO LIVIO

HISTORIA DE ROMA  
DESDE SU FUNDACIÓN

I-III

**GEDOS**



HISTORIA DE ROMA  
DESDE SU FUNDACIÓN



# TITO LIVIO

## HISTORIA DE ROMA DESDE SU FUNDACIÓN

I-III

Introducción general de  
ÁNGEL SIERRA

Traducción y notas de  
JOSÉ ANTONIO VILLAR VIDAL

**GEDOS**

La Biblioteca Clásica Gredos, fundada en 1977 y sin duda una de las más ambiciosas empresas culturales de nuestro país, surgió con el objetivo de poner a disposición de los lectores hispanohablantes el rico legado de la literatura grecolatina, bajo la atenta dirección de Carlos García Gual, para la sección griega, y de José Luis Moralejo y José Javier Iso, para la sección latina. Con 415 títulos publicados, constituye, con diferencia, la más extensa colección de versiones castellanas de autores clásicos.

Publicado originalmente en la BCG con el número 144, este volumen presenta la traducción de *Historia de Roma desde su fundación (Libros I-III)* realizada por José Antonio Villar.

Asesor de la colección: Luis Unceta Gómez.

La traducción de este volumen ha sido revisada por Juan Gil.

© de la introducción: Ángel Sierra.

© de la traducción: José Antonio Villar.

© de esta edición: RBA Libros y Publicaciones, S.L.U., 2023.

Avda. Diagonal 189 - 08018 Barcelona.

[www.rbalibros.com](http://www.rbalibros.com)

*Primera edición en la Biblioteca Clásica Gredos: 1990.*

*Primera edición en este formato: junio de 2023.*

RBA • GREDOS

REF.: GEBO656

ISBN: 978-84-249-9861-5

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Pueden dirigirse a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesitan fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 47).  
Todos los derechos reservados.

## INTRODUCCIÓN GENERAL

### I. INVITACIÓN A LA LECTURA DE LIVIO

Livio es una lectura saludable. Según cuentan, el rey D. Alfonso V de Aragón y I de Nápoles recuperó con la lectura de Livio la salud que ni la medicina ni la música habían podido devolverle; la lectura de Livio fue el único consuelo de Cola di Rienzi en la cárcel de Aviñón, manteniendo así vivos sus ideales de libertad, y con el paso de los años, de la mano de Stendhal, hasta un personaje de ficción recurriría a sus reconfortantes efectos: «Le Marquis, irrité contre le temps présent, se fit lire Tite-Live».<sup>1</sup>

Aunque lo parezca, esto no es una recomendación terapéutica. Para leer con gusto a Livio no es preciso estar aquejado de alguna enfermedad desconocida, ni siquiera de idealismo, y preso por ello; ni tampoco sufrir un ataque de gota y la enojosa lectura de la prensa del día, como Monsieur de la Molle. Esas anécdotas valen aquí solo como indicio de la rara atracción que nuestro autor y su obra han ejercido a través de los tiempos. Por lo demás, la historia del restablecimiento de Alfonso el Magnánimo, tal como puede leerse en nuestros autores, no es del todo segura; hay quien atribuye la virtud

---

1. STENDHAL, *Le rouge et le noir*, libro II, cap. VII.

curativa a Quinto Curcio...<sup>2</sup> Pero no importa. Tan expresivo de la afición del rey por Livio, como que recuperara la salud leyéndolo, es que se arriesgara a perderla por leerlo: al acceder Alfonso al trono de Nápoles, Cosme de Médicis, queriendo granjearse su amistad para Florencia, le envía como prenda de paz un ejemplar de cada una de las décadas de Livio en espléndidos manuscritos. Cuando este precioso regalo llegó a manos del rey, sus médicos le aconsejaron que no lo abriera, no fuera a estar envenenado, pero Alfonso desechó todo temor, diciendo que los reyes estaban bajo una especial protección divina. Con razón se ha dicho que tuvo que ser su amor por Livio, sin cuya compañía nunca emprendía un viaje, lo que movió al rey a confiar en tan incierta garantía.<sup>3</sup>

De los numerosos testimonios de afección por Livio, el primero y más frecuentemente recordado es el de aquel ciudadano de la antigua Cádiz que vino —dice Plinio— «desde el último confín del mundo» solo para ver en persona a Tito Livio. Llegó, lo vio y volvió.<sup>4</sup> Otro curioso y anónimo homenaje brilla en una lista de libros de hacia el año 1040, procedente de la abadía de Cluny, en la que figuran los títulos elegidos por los monjes como lectura de Cuaresma. De los sesenta y cuatro que había, sesenta y tres optaron por comentarios bíblicos y obras de los Santos Padres, o Historias de la Iglesia; el último eligió a Livio. P. G. Walsh, cuyo *Livy, his historical aims and methods* debería ser declarado libro de cabecera del livianista moderno, confiesa en otra parte que

---

2. Cf. M. MENÉNDEZ Y PELAYO, *Bibliografía hispano-latina clásica*, Madrid, 1953, vol. III, pág. 192, y T. DE LA A. RECIO, *Tito Livio*, Barcelona, 1952, pág. 268-269.

3. B. L. ULLMAN, *Studies in the Italian Renaissance*, 3.<sup>a</sup> ed., Roma, 1973, págs. 53-77 = «The post-mortem adventures of Livy», *Univ. of North Carolina Bulletin*, 34 (1944), 39-53.

4. PLINIO EL JOVEN, *Cartas* II 3, 8; JERÓNIMO, *Cartas* LIII 1.

entre los muchos tributos a la llamada de Livio este es su preferido.<sup>5</sup>

Nunca sabremos las razones de esos homenajes anónimos, pero, seguramente, no fueron muy distintas de las que encontramos en una carta dirigida a Livio (*Franciscus Tito Livio salutem*), en 1351, por otro entusiasta suyo: Francesco Petrarca. En ella leemos que a Petrarca le hubiera gustado coincidir con Livio en el tiempo: su época habría sido mejor viviendo Livio entonces, o él mismo habría podido mejorar siendo contemporáneo suyo, dispuesto como estaba a ir no ya a Roma desde Hispania, sino a la India, para verlo. Ahora —dice Petrarca— lo ve en sus libros, a los que acude siempre que desea olvidar un tiempo que solo aprecia riquezas y placeres, y agradece que su lectura le sumerja en siglos más felices y le haga sentir que vive junto a Cornelios, Lelios, Fabios, Metelos, Brutos, Decios, Catones, Régulos, Cursores, Torcuatos, Valerios, Salinadores, Claudios, Nerones, Emilios, Fulvios, Flaminios, Atilios, Quincios y Camilos... y no con los granujas redomados entre quienes le había hecho nacer su mala estrella.<sup>6</sup>

Para Petrarca el atractivo de Livio es de naturaleza ética y estética. Lo que espera y recibe de su lectura, por la fuerza psicagógica de su expresión literaria, es un beneficio moral: una especie de bautismo por inmersión en un pasado utópico que purifica de la contaminación de los males presentes mediante el olvido y el consuelo. El pasado como edad dorada y

---

5. P. G. WALSH, «Livy and the aims of “historia”: an analysis of the Third Decade», *Aufstieg und Niedergang der römischen Welt: Geschichte und Kultur Roms im Spiegel der neueren Forschung*, edit. por H. TEMPORINI y W. HAASE, II 30, 2, Berlín-Nueva York, 1982, pág. 1.074.

6. P. L. SCHMIDT, «Petrarca an Livius (*fam.* 24, 8)», *Livius. Werk und Rezeption. Festschrift für E. Burck zum 80. Geburtstag*, edit. por E. LEFÈVRE y E. OLSHAUSEN, Múnich, 1983, págs. 421-433.

como refugio, y la fe en la capacidad formativa de la historia son temas genuinamente titolivianos cuya presencia en Petrarca revela una estrecha congenialidad entre ambos. La imagen de la inmersión en el pasado define lo más característico del influjo de Livio; que no actúa reflexivamente, conduciendo al lector hacia el análisis racional de los hechos, sino emotivamente, convirtiéndolo en partícipe de los desengaños y esperanzas de un alma humana universal a través de las vicisitudes históricas de un pueblo.

Esos mismos sentimientos de congenialidad y de admiración ante el poder de la palabra eran los que llevaban a escuchar a Livio al reducido público que acudía a sus lecturas. Según cuenta Claudio Eliano, había en Roma dos historiadores, Tito Livio, cuya gloria propagó la fama, y Cornuto, de quien se sabía que era rico y sin hijos. Para oír a Cornuto se congregaba una multitud de aduladores con sus esperanzas puestas en la herencia; a Livio iban a escucharlo solo unos pocos, pero cuya ganancia era la excelencia del espíritu y la elocuencia de los estudios.<sup>7</sup>

Aunque también lo parezca, esto no es tampoco un panegírico. Si tuviéramos que elegir un solo testimonio de aversión por Livio, ¿cuál mejor que el de un emperador? Calígula lo detestaba; le parecía verboso y negligente, y a punto estuvo de hacerlo desaparecer de las bibliotecas.<sup>8</sup> Se ha dicho que su juicio, que imponía el mismo destierro a Homero y a Virgilio, era un elogio más que una crítica; pero ¿no tendría algo de razón, teniendo en cuenta que los frecuentes descuidos que hay en Livio le niegan el título de historiador exacto y riguroso, y que algunos tratadistas de retórica ejemplifican el

---

7. ELIANO, *Fragm.* 83 (Hercher) —ed. Berlin, Teubner, 1864—, *apud* C. CICHORIUS, *Römische Studien*, Leipzig, 1922, pág. 261.

8. Suetonio, *Calígula* XXXIV, 6.

pleonasma, o redundancia, con alguna frase suya...? Para otros, el mayor defecto de Livio estriba en ser demasiado propenso a la lección moral.

No es fácil argumentar contra la prevención. Tal vez valgan los ejemplos. Yo desdeñaría leer el relato titoliviano por su poco valor como historia científica si no supiera de rectificaciones de sabios eminentes al respecto; si personas igualmente autorizadas no me dijeran que lo más legendario de la historia romana de Livio cubre firmes cimientos de realidad; o si no fuera evidente que unos dos tercios de los últimos libros conservados, a pesar de su apariencia de buena literatura, siguen muy de cerca a un autor de tanta garantía como Polibio.

Frente a las otras causas de disuasión, el moralismo inoportuno y los excesos de su facilidad de palabra, tenemos un término de comparación bastante ilustrativo en la continuación de la «parábola de los dos historiadores» según Eliano, que dice así: «Pero el Tiempo, insobornable e incorruptible, y su guardiana, compañera y vigilante, la Verdad, que no necesitan riquezas, ni sueñan con la sucesión de una herencia, ni se dejan atrapar por nada torpe, falso, indigno o menos liberal, al uno lo mostraron, lo sacaron a la luz como a tesoro oculto y —diré con Homero— repleto de muchos bienes, y este era Livio; mas al opulento y colmado de riquezas, a Cornuto, lo cubrieron de olvido».<sup>9</sup> ¿Hará falta decir que Livio no llega nunca a esos extremos de oratoria rimbombante, ni es tan pedestre y retórico en su afán aleccionador?

La variedad y abundancia del tesoro escondido que es Livio se manifiesta en las oscilaciones y altibajos de su estilo. Puede decirse que en Livio el estilo es el espejo de la idea.

---

9. Véase nota 7. Para la traducción he seguido, aunque no en todo, la versión latina de Hercher incluida en su edición de Eliano de 1858 (París, F. DIDOT), pág. 475.

Está claro que hay, por decirlo brevemente, hechos sin ideas: realidades que Livio, o su época, no sabían valorar, sobre las que no tenían ideas. Pero el historiador no inventa su argumento, no puede silenciar lo que a sus ojos —nos lo dice la forma en que lo cuenta— carecía de germen literario. En Livio hay muchas páginas de árida lectura; su valor consiste en ser un yacimiento inestimable de información para la historia diplomática, militar, política, económica o social de la República romana, por no hablar... de su contribución al estudio de la «ufología» en la Antigüedad.<sup>10</sup> En fin, es igualmente cierto, por otra parte, que Livio, o su época, valoran hechos, tienen ideas que hoy han perdido vigencia, que nos son ajenas, y que, por lo tanto, no siempre congeniamos con él. De todas formas, Livio no es nunca irritante, y la satisfacción de su prosa maestra es siempre una compensación segura.

Léon Catin, que ha hecho de la lectura literaria de Livio un ejercicio de inteligencia y de sensibilidad, terminaba su estudio preguntándose qué interés presenta para un espíritu moderno una obra como la de Livio, de forma e inspiración romanas. No es de extrañar que antes y después de él, en tiempos de descrédito de Livio, o de progresivo alejamiento de la Antigüedad clásica, otros se hayan planteado la misma pregunta.<sup>11</sup>

Pocos años antes, Paola Zacan, al final de su ensayo sobre el historiador, con el que pretendía reivindicar la originalidad y seriedad del paduano como filósofo y poeta de la historia y reconstruir su armónico sistema conceptual, reducido a una deshilvanada colección de noticias y opiniones por la

---

10. H. HAUBEN, «Unidentified Flying Objects and Close Encounters in Antiquity, Especially as Reported in the *Histories* of Livy», *Festschrift Burck* (véase nota 6), págs. 301-311.

11. L. CATIN, *En lisant Tite Live*, París, 1944, págs. 187-190.

crítica adversa de historiadores y filólogos, había respondido con la paradoja: «precisamente en razón del contraste que se ha producido entre los modernos y Livio, este puede ser para los modernos una lectura provechosa. Livio representa la permanencia del sentimiento de lo eterno frente a nuestro sentimiento de lo inseguro y fugaz».<sup>12</sup>

Décadas después, Luciano Perelli, menos esencialista, no tan entusiasta, más objetivo, destacaba el valor añadido de la lectura de Livio sobre la de otros historiadores antiguos seguramente más próximos a la actitud contemporánea ante la historia. En su opinión, «el lector moderno tal vez prefiera el contacto con los problemas concretos y el compromiso político de un Salustio a la ingenua fe de Livio en los principios de la romanidad, pero es siempre cosa del máximo interés descubrir a través del candor moralístico de Livio el significado histórico de los valores heredados por él de una tradición secular y los problemas políticos reales que se ocultan bajo el ropaje encomiástico y la bella forma literaria».<sup>13</sup>

Por su parte, el propio Catin recordaba en primer lugar que Livio ha sido, desde el Renacimiento, una de las fuentes que nutren la filosofía política, la literatura y el arte europeos: su imagen de Roma ofreció temas, razones, ejemplos y modelos a Maquiavelo, Montesquieu, Macaulay; Tiziano, Poussin, David; Shakespeare, Corneille, Voltaire, etc., de modo que su obra y nuestra cultura se iluminan recíprocamente. Pero también «lejos de los teatros y museos —escribe Catin— *el hombre de bien* hallará siempre placer en reencontrarse con Livio». Porque la lectura de Livio, fácil y fecunda a la vez, «devuelve a nuestra alma un poco de su frescura infantil». Si leer es apartarnos de nosotros mismos, volver de

---

12. P. ZACAN, *Tito Livio*, Roma, 1940, pág. 242.

13. L. PERELLI, *Storie (libri I-IV) di Tito Livio*, Turín, 1974, pág. 60.

Livio es regresar «enriquecidos de belleza, si no de sabiduría», de «las memorias de un romano *ami du vrai, du beau, et du bien*».

## II. TITO LIVIO: PATRIA, CARÁCTER, VIDA Y ESCRITOS<sup>14</sup>

Tito Livio nació y murió en *Patavium* (hoy, Padua), donde también pasó, probablemente, la mayor parte de su vida. El ambiente paduano contribuyó a forjar en él un carácter austero, independiente y conservador: a pesar de su relativo aislamiento, *Patavium* era una ciudad próspera y culta; se distinguía por la proverbial severidad moral de sus habitantes, y era, por entonces, feudo del tradicionalismo político.

---

14. Sobre las cuestiones tratadas en este apartado, véanse, en especial, W. WEISSENBORN, «Einleitung», W. WEISSENBORN, H. J. MÜLLER, *Titi Livi, Ab Urbe condita libri.*, I, libros I-II, 13.<sup>a</sup> ed., Dublín-Zúrich, 1969 (= 9.<sup>a</sup> ed., 1908), págs. 1-11; G. HIRST, «Note on the date of Livy's birth and on the termination of his History», *Transac. and Proceed. of the Amer. Philol. Assoc.*, 59 (1925), págs. XL-XLI. V. Lundström, «Kring Livius' liv och verk», *Eranos* 27 (1929), 1-37; J. BAYET, «Introduction», J. BAYET, G. BAILLET, *Tite-Live: Histoire Romaine*, I, libro I, París, 1965 (= 1940), págs. VII-XXII; H. PHILIPP, «Patavium», *Real-Encyclop. d. Altertumswiss.*, XVIII 4 (1949), cols. 2114-2119; R. SYME, «Livy and Augustus», *Roman Papers*, I, Oxford, 1979, págs. 400-454 (= *Harvard Stud. in Class. Philol.*, 64 [1959], 27-87); P. G. WALSH, *Livy. His historicals aims and methods*, Cambridge, 1961, págs. 1-20; A. D. LEEMAN, «Werden wir Livius gerecht?», E. BURCK (ed.), *Wege zu Livius*, 2.<sup>a</sup> ed., Darmstadt, 1977, págs. 200-214 (= *Helikon* I [1961], 28-39); R. M. OGILVIE, *A Commentary on Livy*, libros I-V, 2.<sup>a</sup> ed., Oxford, 1970, págs. 1-5; K. GRIES, «The personality of T. Livius», *Hommages à M. Rénard* (Collection Latomus, 101), Bruselas, 1969, págs. 383-393; E. MENSCHING, «Zur Entstehung und Beurteilung von *Ab Urbe condita*», *Latomus* 45 (1986), 572-589; A. FONTÁN, *Tito Livio: Historia de Roma*, Libros I y II (Col. hispánica de autores gr. y lat.), Madrid, 1987, págs. XIII-XXIII.

Livio gozó de una dilatada existencia de la que apenas nos han llegado noticias. Según la *Crónica* de san Jerónimo, vivió entre el 59 a. C. y el 17 d. C. Hoy se suele dudar de la exactitud de esas fechas, y voces autorizadas defienden como cronología más verosímil los años del 64 a. C. al 12 d. C., pero no hay razones de peso para el cambio.<sup>15</sup>

La obra de su vida fue una monumental *Historia de Roma* en 142 libros, de los que se conservan 35 (I-X y XXI-XLV, con varias lagunas en los cinco últimos) y un par de fragmentos (de los libros CXI y CXX). Aunque el texto se nos ha transmitido, por lo general, en grupos de diez libros, o décadas, y este término figura en el título de numerosos manuscritos (de donde pasó a las primeras traducciones, p. ej. *Las décadas de Tito Livio*, por el canciller Ayala), el título original de la obra es casi seguro que fue *Ab Urbe condita* («Desde la fundación de la ciudad»). Tras hacer en el libro I un resumen de los primeros siglos de Roma (hasta el final del período monárquico), Livio narraba luego año por año la historia de la República; su relato llegó hasta el año 9 a. C., aunque no es posible saber si este fue un final previsto o si la obra quedó incompleta. La parte conservada alcanza hasta el año 167 a. C.; la parte perdida se conoce, a grandes rasgos, gracias a las *periochae*, unos resúmenes del contenido de cada libro debidos a un autor anónimo de la Antigüedad tardía (faltan las de los libros CXXXVI y CXXXVII). Los restantes escritos de Livio se perdieron del todo; versaron sobre cuestiones de historia, filosofía y teoría literaria.

---

15. E. BURCK, «Aktuelle Probleme der Livius-Interpretation», *Gymnasium* (Beihefte) 4 (1964) pág. 40, aunque la propuesta le parece sugestiva; ni L. PERELLI, *loc. cit.* (véase nota 13), pág. 77, ni E. MENSCHING, *loc. cit.* (véase nota 14), pág. 573, se plantean siquiera la duda. V. más abajo, nota 60).

El origen paduano de Livio aparece confirmado por el testimonio de numerosos autores: Asinio Polión se burlaba de su «paduanismo» (*patavinitas*); Asconio, que también era de *Patavium*, se refiere a él como «nuestro Livio», y la ya citada *Crónica* de Jerónimo menciona la patria de Livio al consignar tanto su nacimiento, «nace el orador Mesala Corvino y Tito Livio Patavino, historiador», como su muerte, «Livio, el historiador, muere en Padua».<sup>16</sup>

Las noticias que nos han llegado sobre la larga vida de Livio son tan escasas que se le ha llamado «el historiador sin historia», «la figura más nebulosa entre los grandes clásicos». Tal vez por eso el dato más conocido, su patria, ha adquirido una importancia tan grande... Lo cierto es que algunos rasgos del carácter y de las actitudes de Livio casan muy bien con la conocida idiosincrasia de los paduanos, y que la historia de su ciudad se ha convertido en referencia obligada para la biografía hipotética del más universal de todos ellos.

Padua está situada en la Italia transpadana, no lejos de la costa norte del Adriático. Dominaba un extenso territorio de laberínticos canales y marismas que le brindaban protección y oportuna salida al mar. «Roma de los vénetos», también Padua se gloriaba de un origen troyano; su otro orgullo era el de haber sabido mantener su libertad y preservar su identidad colectiva en el respeto a sus tradiciones antiguas. A lo largo de su historia los paduanos se habían defendido, con éxito, de los etruscos, de los galos y de los griegos, y solo la discordia civil, en el 174 a. C., los inclinó a aceptar como mejor solución la autoridad de Roma. Aun así, su invariable actitud prorromana durante la pasada guerra contra Aníbal les valió conservar una cierta independencia, hasta que en el 49 a. C.,

---

16. QUINTIL., 1 5, 56; VIII 1, 2. ASC. PEDIANO, *In Corn.* 68. JERÓNIMO, *Ad Euseb. Chron.* (*Ad ann. Abr.* 1958, 2033).

declarada *Patavium* municipio, obtuvieron plenos derechos de ciudadanía.

*Patavium* tuvo la suerte de permanecer al margen de los campos de batalla y de las sangrientas revanchas de la guerra civil, aunque sufrió fuertes exacciones por parte de Marco Antonio en represalia por su actitud prosenatorial. Este alejamiento permitió a los paduanos desarrollarse en paz. Los descendientes de belicosos héroes criadores de caballos apacentaban pacíficas ovejas. Nudo de caminos y centro de comarcas ricas en pastos, *Patavium* prosperó con el comercio y la artesanía de excelentes tejidos de lana. En el censo del 14 d. C., era la segunda ciudad de Italia más poblada y próspera, con quinientos ciudadanos lo bastante ricos como para figurar entre los *equites*, «la clase alta no política, terratenientes, comerciantes y financieros, que, junto a los *senatores*, conformaban la plutocracia romana». <sup>17</sup>

Las numerosas inscripciones halladas en la zona confirman la importancia de la ciudad. Los nombres reflejan una sociedad fuertemente latinizada; otros indicios sugieren un notable influjo helénico en los estratos más educados. Por otra parte, el reducido número de epígrafes de tipo honorario o laudatorio distingue a sus habitantes de la habitual petulancia provinciana, lo que concuerda con la imagen proverbial del paduano como hombre parco y morigerado. <sup>18</sup>

Como buen paduano, Livio está orgulloso de serlo. Comienza su historia de Roma con el desembarco del troyano Antenor en el litoral véneto, es decir, el más cercano a Padua,

---

17. E. BADIAN, *Oxford Class. Diction.*, 2.<sup>a</sup> ed., 1970, s.v. «equites».

18. PLINIO EL JOVEN (*Cartas* I 14, 16) habla de una señora de Padua, una tal Serrana Prócula, que a los mismos paduanos —«ya conoces los costumbres del lugar»— daba lecciones de severidad.

y la fundación allí de una nueva Troya. En su momento destacará que solo aquel rincón se mantuvo libre del dominio etrusco y recordará la historia del año 174 a. C.; pero, sobre todo, su relato de la incursión naval de Cleónimo contiene unos toques descriptivos tan vívidos y una emoción evocadora tan intensa que, como se ha dicho agudamente, «si no abundaran tanto los testimonios acerca de la patria de Livio, este pasaje avalaría *Patavium* como la más probable».<sup>19</sup>

El espíritu independiente de los vénetos se manifiesta en Livio como libertad ante el poder político y como defensa de las propias convicciones frente al dictado de la opinión común. Esa cierta altivez del paduano que se distingue de su entorno podría explicar incluso la insensibilidad que se le ha reprochado hacia la Italia del norte, porque la patria de Livio es Padua y puede ser Roma, pero no se siente especialmente cisalpino, o transpadano.<sup>20</sup>

Es lógico pensar que el ambiente de su patria chica influyera en la actitud de Livio ante la política y en su severidad moral. Se ha dicho que Livio muestra por la acción política, como práctica personal y como objeto de análisis histórico, la insensibilidad de la burguesía provinciana, a la que interesan sobre todo la paz y la estabilidad del orden social, es decir, los efectos de la política, más que su ejercicio. En su constante anhelo de paz y de concordia, y en su posición conservadora y prosenatorial, tal vez se manifieste la honda huella que debió de dejar en el joven Livio la represión sufrida por la defensa de la legalidad que Padua enarboló como bandera en el

---

19. A. FONTÁN, *loc cit.* (véase nota 14), pág. XIV. Cf. Liv., V 33 (etruscos); X 2 (Cleónimo); XLI 27 (año 174).

20. F. WALBANK, «The fourth and fifth decades», T. A. DOREY (ed.), *Livy* (Greek and Latin Studies, Classical Literature and its Influence), Londres-Toronto, 1971, págs. 58-59.

conflicto entre Marco Antonio y el Senado.<sup>21</sup> Por aquel tiempo, año 43 a. C., actuaba, como agente de Antonio, Asinio Polión, gobernador de la Cisalpina y ejecutor de las represalias contra la ciudad. Asinio, que más tarde abandonaría la política para dedicarse también a la historia, censuraba en Tito Livio una cierta *patavinitas* que, interpretada en clave ideológica, o moral, identifica los rasgos más propios de su carácter y del ambiente en que se forjó. El «paduanismo» del que se burlaba Polión, dicen unos, era puro «palurdismo» político: la ingenuidad histórica de Livio, su concepción ética, su idea romántica de la historia; para otros, se trataba de la severidad de su carácter o de la rigidez e intransigencia de sus actitudes políticas.<sup>22</sup>

Muchos aspectos de la personalidad de T. Livio aparecen vinculados a la imagen que se tenga de dónde y cómo vivió. Comúnmente se piensa que Livio, transcurrida su infancia y primera juventud en Padua, con la idea ya formada de escribir la historia de la «nación más grande de la tierra», abandonó la provincia y se trasladó a Roma, atraído como otros escritores por los aires de renovación cultural y política tras la victoria de Octaviano —ya casi emperador Augusto—, y porque solo allí habría podido disponer de los medios necesarios para llevar a cabo su proyecto. En Roma lo sitúan las anécdotas recogidas por Plinio y por Eliano, que ya hemos referido, y en Roma debieron de producirse los contactos de Livio con Augusto y con el futuro emperador Claudio, de los que hablan Tácito y Suetonio.<sup>23</sup> Además, las alusiones a la Roma con-

---

21. R. M. OGILVIE, *loc. cit.* (véase nota 14), pág. 2.

22. Sobre las opiniones aludidas, cf. E. BURCK, «Literaturüberblick», *Die Erzählungskunst des T. Livius*, 2.<sup>a</sup> ed., Berlín, 1964, pág. XXVII, V, *infra* Bibliog., V. Livio, escritor, f.

23. TÁCITO, *Anales* IV 34, pone en boca de Cremucio Cordo un dis-

temporánea contenidas en su descripción de la ciudad primitiva parecen observaciones propias de alguien que reside en ella.

Sin embargo, estos argumentos no son conclusivos. Se ha comprobado que las indicaciones de Livio sobre el espacio urbano de Roma contienen inexactitudes que hacen poco probable que residiera en ella largo tiempo.<sup>24</sup> Por otra parte, la vida imaginable de Livio afincado en Roma proyecta una imagen de su carácter que contenta a pocos. En Roma, durante cuatro largas décadas, Livio no habría hecho otra cosa que escribir. Sus errores en cuestiones militares y asuntos administrativos prueban que no desempeñó cargo público alguno ni sirvió en el ejército. Sorprendentemente, para los activos círculos literarios de su tiempo, tan ligados a la política, este hombre dedicado en cuerpo y alma a la literatura y en buenas relaciones con la cúspide del poder es como si no hubiera existido. No queda sino pensar que, siendo persona retraída, fría y distante, sin humor y de pocos amigos, llevó una vida aislada y sedentaria en el encierro de un gabinete de estudio.<sup>25</sup> Lo que ocurre es que no es esa la imagen del carácter de Livio que la mayoría ve reflejada en su obra. Es cierto que hay un Livio atrabiliario, propenso al pesimismo y a la melancolía, sensible sobre todo a los aspectos negativos de la convivencia

---

curso en el que este recuerda que Livio dedicó tantos elogios a Pompeyo que Augusto lo llamaba «pompeyano»; sin que esto —añade— entorpeciera su amistad. Según SUTTONIO, *Claudio* XLI I, Livio fomentó la afición del futuro emperador Claudio por la historia.

24. Véase LUNDSTRÖM, *apud*. A. D. LEEMAN (v. nota 14), pág. 209. Ambos autores opinan que Livio pasó la mayor parte de su vida en Padua. También se inclinan por esta opinión, entre otros, M. SCHANZ, C. HOSIUS, *Geschichte der römischen Literatur*, 4.<sup>a</sup> ed., pág. 297, y E. MENSCHING *loc. cit.* (v. nota 14), pág. 573.

25. Cf. R. M. OGIIVIE, *loc. cit.* (v. nota 14), págs. 4-5.

y poco condescendiente con las debilidades humanas; pero esa hosquedad recubre un alma idealista y compasiva que conserva con optimismo su fe en el esfuerzo humano y la convicción de que la justicia de las cosas se impone finalmente.<sup>26</sup> Hay quien descubre en Livio un sano humor, una sólida ironía campesina; hay quien le encuentra una delicadeza y un calor humano únicos entre los historiadores antiguos.<sup>27</sup> Realmente, el silencio de Roma sobre Livio se explica mejor por su ausencia de la ciudad que por su hipotética misantropía. Es Padua la que se impone como escenario de la mayor parte de su vida.

Como segunda ciudad de Italia, *Patavium* debía de ofrecer oportunidades para la educación y el estudio no muy inferiores a las de la capital misma. Si Livio recibió en Padua la sólida formación intelectual que se refleja en su obra —el texto de *Ab Urbe condita* revela su buen conocimiento de los autores griegos y romanos (oradores, historiadores y filósofos)—,<sup>28</sup> seguramente también pudo desarrollar allí su dedicación literaria y disponer de las obras que serían la base de la suya. Es más, el carácter exclusivamente libresco de sus fuentes, el hecho de que no consulte documentos originales a los que habría tenido acceso en Roma, se comprende mejor si no vivió allí que por falta de exigencia personal como historiador.<sup>29</sup>

---

26. K. GRIES, *loc. cit.* (v. nota 14), págs. 388-392.

27. O. SEEL y H. TRÄNKLE, *apud* J. E. PHILLIPS, «Current Research in Livy's first decade: 1959-1979», *Aufstieg u. Niedergang* (v. nota 5), pág. 1.028.

28. Véase, p. ej., V 4, 4; XXVI 22, 14 (Platón); IX 17, 6 (Jenofonte); III 68, 9; IX 18, 7 (Demóstenes); VII 30-31 (Tucidides); III 11-14 (Cicerón), con las pertinentes notas de W. WEISSENBORN - H. J. MÜLLER y R. M. OGILVIE (cf. Bibliog., Comentarios)

29. Véase LUNDSTRÖM, *loc. cit.* (v. nota 24).

En 1351, Petrarca firmaba su carta a Livio en Padua, «donde tú naciste y estás sepultado», en el atrio de Santa Justina, «ante la lápida misma de tu tumba». El epitafio al que se refiere Petrarca era, en realidad, el de un liberto.<sup>30</sup> Más tarde se descubrió otro que sí podría ser el de nuestro historiador, aunque existen dudas sobre su autenticidad:<sup>31</sup> T. LIVIVS. C. F. SIBI ET / SVIS / T. LIVIO T. F. PRISCO E(T) / T. LIVIO T. F. LONGO E(T) CASIAE SEX. F. PRIMAE / VXORI.<sup>32</sup> Este T. Livio, hijo de Gayo, casado con Casia Prima, hija de Sexto, tuvo dos hijos, de los que el mayor habría muerto antes de que el pequeño alcanzara la mayoría de edad y pudiera recibir el mismo nombre de su hermano.<sup>33</sup> En la tradición literaria se menciona a un hijo y a una hija de Tito Livio, casada esta con un orador mediocre de ascendencia probablemente cisalpina.<sup>34</sup> Si la inscripción fuera realmente la de Tito Livio y los suyos, el carácter de epitafio familiar que tiene concuerda mejor con una persona que está y espera seguir enraizada en la ciudad que no con alguien afincado en la distante Roma o que piensa establecerse allí.<sup>35</sup>

Por lo demás, imaginar a Tito Livio establecido en Padua no quiere decir que no saliera de su encierro. Tal vez viajara más de lo que suele admitirse: a Roma, desde luego, y con

---

30. *Corpus Inscriptionum Latinarum* V 2865.

31. Cf. E. BADIÁN *ad* R. SYME, *Roman Papers* I, pág. 426, n. 3.

32. *Corpus Inscriptionum Latinarum* V 2975 (= H. DESSAU, *Inscriptiones Latinae Selectae*, 2919). T(ito) Livio, h(ijo) de G(ayo), para sí y / para los suyos / T(ito) Livio Prisco, h(ijo) de T(ito) y / T(ito) Livio Longo, h(ijo) de T(ito), y Casia Prima, h(ija) de Sex(to) / su esposa.

33. A. FONTÁN, *loc. cit.* (v. nota 14), pág. XVI.

34. QUINTILIANO, X 1, 39; SÉNECA EL VIEJO, *Controversias*, 10 *praef.*, 2.

35. A. D. LEEMAN, *loc. cit.* (véase nota 14), pág. 209.

frecuencia creciente a medida que fue ganando prestigio, o para dar a conocer nuevas partes de su obra (las lecturas referidas por Eliano dos siglos después), o para estancias más o menos largas; pero también más al sur, a la Campania (XXXVIII 56, 3), a Tarento (XXVII 16, 8), tal vez incluso a Grecia...<sup>36</sup> El fervoroso admirador de Livio que viajó de Cádiz a Roma solo para verlo pudo muy bien creer que Livio vivía en Roma, aunque no fuera cierto, y también encontrarlo allí cuando llegó.<sup>37</sup> Incluso la relación de Livio con Augusto y con otros miembros de su familia pudo desarrollarse a lo largo de estas visitas del historiador a la capital.<sup>38</sup>

En la idea de que Livio pasó la mayor parte de su vida en Roma, siempre se le ha supuesto un nivel económico en consonancia con el *otium* requerido por su obra, cuya equivalencia en dimensiones modernas arroja, según algunos cálculos, magnitudes absorbentes: un libro de trescientas páginas al año durante cuarenta años. Es posible que disfrutara de la ciudadanía romana desde antes de que *Patavium* fuera declarada municipio en el 49, lo que sería indicio de un cierto nivel social; se ha sugerido que tal vez perteneciera a una de aquellas acaudaladas familias de rango ecuestre: no ha sido posi-

---

36. K. GRIES, *loc. cit.* (véase nota 14), págs. 386-387.

37. Véase nota 4.

38. Véase nota 23. Tácito y Suetonio hablan de una relación o unos contactos de Livio con Augusto y con Claudio que hay que situar en la primera década d. C., pues antes de esa época ni Claudio (nacido el año 10 a. C.) habría tenido edad de plantearse su vocación de historiador, ni Augusto habría podido conocer los libros de Livio sobre Pompeyo (XCI-CX), publicados seguramente a partir del año 2 d. C. Cf. MENSCHING, *loc. cit.* (v. nota 14), pág. 574. De un ambiguo pasaje de *Ab Urbe condita* (IV 20, 7) suele deducirse que hubo, al menos, un encuentro de Livio con Augusto en los comienzos de la carrera del historiador, poco después de publicados sus primeros libros. Cf. nota 46.

ble comprobarlo; de lo que no cabe duda es de que no formaba parte de ninguno de los grandes clanes de la aristocracia romana.<sup>39</sup> En cuanto al trabajo que representó la redacción de *Ab Urbe condita*, hay otros cálculos más benignos.<sup>40</sup> En Padua pudo compartir mejor su dedicación al *otium* de orador, historiador y filósofo y a los *negotia* que se lo permitían.

La retórica y la filosofía fueron, junto con la historia, los campos en los que Livio desarrolló su actividad como escritor. Quintiliano menciona un escrito de orientación literaria que había sido dirigido por Livio a su hijo, a modo de carta.<sup>41</sup> Séneca, en cuya opinión Livio era, después de Cicerón y de Asinio, el tercero de los romanos que habían cultivado la filosofía, afirma que «escribió también unos diálogos, que podrías adscribir tanto a la filosofía como a la historia, y libros de contenido expresamente filosófico».<sup>42</sup>

Se tiende a pensar que estos escritos representaron las primeras inquietudes intelectuales del futuro historiador. El carácter oratorio de pasajes como el excursus sobre Alejandro Magno (IX 17-19), que tiene todo el aspecto de una esmerada *declamatio* (el ejercicio por excelencia de las escuelas de retórica), y la fama de los discursos titolivianos invitan a compartir la opinión de Taine de que la retórica fue el camino por el que Livio llegó a la historia. Sin duda coincidía con Cice-

---

39. M. L. W. LAISTNER, *The greater Roman Historians*, Berkeley, 1971 (= 1.<sup>a</sup> ed., 1947), pág. 67; L. R. TAYLOR, «Republican and Augustan writers enrolled in the equestrian centuries», *Transact. and Proceed. of the Amer. Philol. Assoc.* 99 (1968), 469-486.

40. S. USHER, «Livy», *The historians of Greece and Rome*, Londres, 1969, pág. 166. Cf. Laistner, *op. cit.* (v. nota 39), pág. 77.

41. QUINTILIANO, IX 2; en adelante: *Epistula ad filium*. Sobre su contenido, v. pág. 91

42. SÉNECA, *Epistolae*, C 9.

rón en lamentar la mediocridad literaria de las historias al uso, y tal vez deseando llevar a cabo el deseo incumplido de aquel —escribir la historia de Roma en un estilo digno de la materia—, quiso emular primero los diálogos en los que Cicerón reflexionaba ocasionalmente sobre el sentido y el arte de la historiografía.

Sin embargo, razones de cronología relativa y de crítica interna impiden considerar globalmente el contacto de Livio con la retórica o la filosofía como una etapa previa a la redacción de *Ab Urbe condita*. La mencionada *Epistula ad filium*, por ejemplo, como se ha observado repetidas veces, para que su destinatario estuviera en edad de aprovecharla, tuvo que ser escrita cuando Livio componía ya su historia. Recientemente se ha sugerido, con sutiles argumentos, que los famosos *Diálogos* de Livio tal vez sean producto imaginario de una mala interpretación del texto de Séneca que supuestamente los menciona, pero el hecho de que se hayan perdido sin dejar huella no es razón para sospechar que nunca existieron.<sup>43</sup> Sin duda, tanto estos como la *Epistula* fueron obras desconocidas para el común de los lectores, aunque apreciadas por lectores especializados como Séneca o Quintiliano; obras poco divulgadas y que se olvidaron pronto, eclipsadas por la fama de Livio como historiador.

---

43. Según U. SCHINDEL, «Livius philosophus?», *Festschrift Burck* (véase nota 6), págs. 411-419, Séneca no podía estar hablando de obras desconocidas, sino que se refería a discursos contrapuestos y pasajes reflexivos de *Ab Urbe condita*.

III. LOS 142 LIBROS DE *AB URBE CONDITA*<sup>44</sup>

Pero ni la fama de Livio como historiador, con ser muy grande, pudo impedir que se perdiera la mayor parte de su obra. En el túnel cultural de la Edad Media desapareció incluso la noción de que *Ab Urbe condita* había constado alguna vez de 142 libros. En tiempos de Petrarca, este dato fue toda una revelación de los manuscritos de Floro, recién descubiertos, que incluían como obra suya las *Periochae*; un dato tan novedoso que el propio Petrarca «no se resiste» a decírselo a Livio en su carta.<sup>45</sup>

Las periócas constituyen la base de todo intento de reconstruir la disposición general de la obra. En la descripción de la parte conservada lo habitual es referirse a las distintas décadas. Pero el desacuerdo de los autores a la hora de establecer las unidades internas y dar una visión articulada del conjunto prueba que la distribución decádica es insatisfactoria, y la información de los resúmenes, insuficiente. Los datos sobre el proceso de redacción y publicación de *Ab Urbe condita* son también escasos e imprecisos. Pese a todo, combinando las informaciones más seguras, es posible trazar en sus líneas maestras la génesis y desarrollo de la obra.

---

44. Sobre la redacción, edición, contenido y estructura de *Ab Urbe condita*, véanse W. WEISSENBORN (págs. 58-60), J. BAYET, G. HIRST, R. SYME, A. FONTÁN (págs. LIII-LXXVII) y E. MENSCHING, *ut supra* (v. nota 14), y A. KLOTZ, «Livius», *Real-Encyclop. d. Altertumswiss.*, XIII I (1926), 818-820; PH. A. STADTER, «The structure of Livy's history», *Historia* 21 (1972), 287-307; G. WILLE, *Der Aufbau des livianischen Geschichtswerks* (Heuremata, 1), Ámsterdam, 1973; P. G. WALSH, *Livy (Greece and Rome, New Surveys in the Classics, 8)*, Oxford, 1974, págs. 8-11; T. J. LUCE, «The dating of Livy's first decade», *Transact. and Proceed. of the Amer. Philol. Assoc.* 96 (1965), 209-240, y *Livy. The composition of his history*, Princeton, 1977, págs. 3-32.

45. V. nota 6.

Livio se había propuesto escribir toda la historia del pueblo romano, contando con llegar hasta sus propios días. En el libro I condensa los orígenes troyanos y albanos de los fundadores de la ciudad y relata sucintamente el período que va desde su fundación hasta el final de la monarquía (753-510 a. C.) con la tragedia de Lucrecia (I 57-59), que provocó el derrocamiento de Tarquinio el Soberbio y la elección de los primeros cónsules.

El libro II se abre con un breve preámbulo: «Referiré a partir de aquí la historia civil y militar del pueblo romano ya en libertad, con sus magistraturas anuales y bajo el imperio de la ley, más poderoso que el de los hombres». La primera etapa de esta historia abarca los ciento veinte primeros años de la República (509-390 a. C.) —«en el exterior, guerras; en el interior, disensiones»—, hasta el asalto, saqueo e incendio de Roma por los galos, relatado al final del libro V.

La catástrofe gálica truncó los primeros avances de la dominación romana sobre Italia en lucha contra los latinos, ecuos, volscos y etruscos, y el paulatino proceso de reducción de las diferencias sociales entre patricios y plebeyos. Como puntos culminantes de la narración titoliviana destacan en estos libros la guerra contra Porsena, con las gestas de Horacio Cocles, Mucio Escévola y Clelia, y la lucha por el tribunado de la plebe (II 9-15 y 22-33); la leyenda de Cincinato y el gobierno y caída de los decenviros, con el episodio de Virginia (III 19-29 y 33-49); las historias de Canuleyo, Espurio Melio y Cornelio Coso (IV 1-6, 12-1 y 17-20); y la toma de Veyos, y la ocupación de Roma por los galos y su liberación, bajo el liderazgo de Camilo (V 19-23 y 35-55).

Los libros I-V constituyeron una unidad de composición, como indica el nuevo prólogo en VI 1: «He expuesto en cinco libros los hechos que llevaron a cabo los romanos desde la fundación de la ciudad hasta su caída...»; y, seguramente, se

publicaron juntos, aunque no es posible saber exactamente cuándo. De I 19, 3, y IV 20, 7 se deduce que su redacción y publicación ocurrieron entre el 27 y el 25 a. C., pero ambos pasajes están sujetos a controversia.<sup>46</sup>

Los cinco libros siguientes (VI-X) abarcan los años 389-293 a. C. Su tema es el proceso de recuperación interior y exterior de Roma, que la llevaría a ser dueña de la Italia central. En el interior destaca la superación de la amenaza demagógica y autocrática de Manlio Capitolino (VI 11-20) y el enfrentamiento por la legislación Licinio-Sextia que abre el consulado a los plebeyos (VI 34-42); en el exterior, junto a episodios de las campañas dirigidas por Camilo (p. ej., VI 22-26), sobresalen los triunfos de Manlio Torcuato y Valerio Corvo en sendos combates contra galos gigantes (VII 10 y 26), como símbolo del restablecimiento de la hegemonía romana frente a los que hasta entonces habían sido su más temible enemigo.

En VII 29, 1-2, Livio solemniza el comienzo de un siglo largo de luchas contra los samnitas como un salto cualitativo en la expansión romana: «A partir de aquí se referirán guerras mayores, tanto por las fuerzas de los enemigos como por la duración en el tiempo y lo distante de las regiones en

---

46. Según J. BAYET, *loc. cit.* (v. nota 14), pág. XIX, Livio publicó por separado los libros I y II-V con anterioridad a los años 31-29 a. C., y los reeditó juntos precedidos del prefacio y con modificaciones parciales (I 19, 4, y IV 20, 5-11) entre el 27 y el 25 a. C. Por su parte, T. J. LUCE (1965) (véase nota 44) piensa que el texto de I-V fue escrito a partir del año 31 a. C. y que los dos pasajes en cuestión son adiciones hechas en el momento de editarlo hacia finales del año 27 a. C. En cambio, E. MENSCHING, «Livius, Cossus und Augustus», *Museum Helveticum* 24 (1967), 12-32, opina que los libros I-V se escribieron entre el 29 y el 27, salvo IV 20, 5-11, que habría sido interpolado en una segunda edición, posterior al año 24 a. C., opinión aceptada por OGILOVIE, *loc. cit.* (véase nota 14), pág. 784.

donde se luchó. Pues este año se emprendió la guerra contra los samnitas, nación poderosa en armas y recursos; a la guerra samnita, sostenida con fortuna variable, siguió como enemigo Pirro; a Pirro, los cartagineses. ¡Qué inmensos trabajos! ¡Cuántas veces se rozó el peligro extremo, para que el poder romano se elevara a esta grandeza que a duras penas logra sostenerse!».

El relato de estas guerras se extenderá hasta el libro XXX. Las divisiones más importantes están señaladas por sendos prefacios en XXI 1 y XXXI 1, y un excursus que había al comienzo del libro XVI. También hacia el final del libro X es perceptible un clímax narrativo que aísla como unidad los libros VI a X. En X 31, 10-15 Livio, reflexionando sobre el curso de los hechos y de su propia historia, es consciente de la continuidad del tema: «Aún quedan guerras samnitas, de las que venimos ocupándonos por cuarto libro ya consecutivo y por cuadragésimo sexto año...». Pero acto seguido comenta el reciente triunfo romano sobre los samnitas y los galos en Sentino (X 27-31,1) como el más duro de los repetidos golpes que no habían podido doblegarlos: «Ya no podían sostenerse ni con sus propias fuerzas, ni con las ajenas; sin embargo, no renunciaban a la guerra: ¡de tal manera ni aun fracasando se cansaban de defender su libertad, y preferían ser vencidos antes que no intentar la victoria! ¿Qué clase de hombre ha de ser el escritor o lector al que incomode lo prolongado de unas guerras que no fatigaron a quienes las hicieron?».

La finalidad de esta interrupción no es únicamente elogiar ante el lector la pertinacia de los samnitas y animarle a no desfallecer... Todavía dentro de los límites del libro narra la resonante victoria de Papirio Cursor dos años después sobre la *legio linteata* samnita (kamikazes sagrados, si puede decirse) y toda la fuerza que el Samnio había podido reunir. En las guerras samnitas la suerte estaba echada. Con todo ello es

probable que Livio quisiera redondear una segunda entrega de su obra (los libros VI a X), aunque en ella no se agotara el tema de las guerras samnitas y no tuviera, por lo tanto, la misma unidad que los cinco libros primeros.

A partir de VII 29, predomina el relato militar. La primera guerra samnita contempló el valor de P. Decio Mus rescatando al ejército (VII 34-36); la guerra contra los latinos, su autoinmolación por la victoria y el terrible ejemplo del otro cónsul, Manlio Torcuato, que ejecutó a su hijo en aras de la disciplina (VIII 3-11). Durante la segunda guerra samnita tuvo lugar el dramático conflicto entre Papirio y Fabio (VIII 29-35) y la vergüenza de las Horcas Caudinas (IX 1-16); en la tercera, las victorias de Sentino, Aquilonia y Cominio (X 27-47).

Los únicos indicios sobre la época de composición y edición de esta parte de la obra se hallan en la digresión sobre Alejandro Magno (IX 17-19). En lo que se consideraba un antiguo ejercicio escolar rescatado por su autor como interludio retórico, aparecen alusiones que sitúan su composición, coetánea con la del libro que lo alberga, en torno al año 23 a. C.<sup>47</sup> El hecho de que al referirse Livio a la guerra contra los partos (IX 18, 9) no mencione la recuperación de los estandartes de Craso en el año 20 a. C. sugiere que el libro se escribió antes de esa fecha.

En los libros perdidos XI-XV (292-265 a. C.), aunque solo en ellos culminaban las dos líneas de avance histórico de VI-X, la guerra samnita con la campaña de Curio Dentato (290 a. C.) y el proceso de igualación estamental con la *lex Hortensia* (287 a. C.), el tema principal fue la guerra contra Pirro: la perióca XII registra la ruptura de hostilidades entre Roma y Tarento y la llegada del rey del Epiro, que acudía en

---

47. T. J. LUCE (1965), *apud* J. E. PHILLIPS, «Current Research on Livy's first decade», *Aufstieg u. Niedergang* (v. nota 5), pág. 1.016.

ayuda de la ciudad ítalo-griega; la perióca XV señala el final de la guerra. En el libro XIII se relataba la batalla que daría el nombre de «pírricas» a las victorias logradas con más daño del vencedor que del vencido.

Los libros del XVI al XX (264-219 a. C.) comenzaban con una digresión etnográfica e histórica sobre Cartago<sup>48</sup> y contenían el relato de la primera guerra púnica (264-241 a. C., libros XVI-XIX) y los veintidós años intermedios hasta el comienzo de la segunda (241-219 a. C., libro XX). Las periócas conservan muestras de los sucesivos hitos de la expansión territorial romana que jalonaban el relato,<sup>49</sup> pero ningún indicio sobre la época de su composición o edición.

La tercera década (libros XXI-XXX) contiene los dieciocho años de la segunda guerra púnica (218-201 a. C.). Su comienzo lo subraya un breve prefacio: «Permítaseme prologar una parte de mi obra diciendo lo que la mayoría de los historiadores prometen al principio de la obra entera: que voy a relatar la más memorable de todas las guerras que nunca se hayan sostenido, la que, conducidos por Aníbal, sostuvieron los cartagineses contra el pueblo romano» (XXI 1, 1). Esta parte de la obra se publicó (y se escribió, en parte) con posterioridad al año 19 a. C., que es la fecha aludida, según se cree, en XXVIII 12, 12, donde Livio menciona el definitivo sometimiento de España «bajo el mando y guía de César Augusto».

---

48. *Per.* XVI 1: Se expone el origen de los cartagineses y los comienzos de su ciudad.

49. *Per.* XVI 2: ... cruzando entonces por primera vez el mar los ejércitos romanos; XX 3: Entonces por primera vez se condujo un ejército contra los ligures; XX 10: llevados entonces por primera vez los ejércitos romanos a otro lado del Po. Cf. C. Castillo, «“Tum primum”: una fórmula arqueológica en el relato de Tito Livio», *Humanitas: in honorem Antonio Fontán*, Madrid, Gredos, 1992, págs. 243-253.

La división de la tercera década en dos péntadas se basa en el análisis de su composición y también en el testimonio del propio autor. En XXVI 37 1-9, Livio hace balance: «Y no hubo otro momento de la guerra en el que, a la par cartagineses y romanos, con la mezcla de sucesos favorables y contrarios, estuviesen más indecisos entre el temor y la esperanza». Resume a continuación los favores y reveses de fortuna en cada bando y concluye con el mismo pensamiento: «Compensándolo así todo la fortuna, todo estaba en suspenso para unos y otros, como si en aquel momento, con su esperanza y su temor intactos, comenzaran la guerra». Livio interrumpe con este capítulo su informe del 210 a. C., pero la situación descrita no se refiere a este año más que en sus efectos. En su resumen, Livio solo incluye hechos de los dos años anteriores, narrados por él entre XXV 7 y XXVI 20: pérdidas del 212 que se compensan con ganancias del 211, y viceversa. El paso del libro XXV al XXVI representa el fiel de la balanza.

En los libros XXI-XXV se narran los años de predominio cartaginés (218-212 a. C.) con los primeros indicios de recuperación romana: en el XXI, el asedio y la toma de Sagunto (11-15), la marcha de Aníbal sobre Italia, con la travesía de los Alpes (30-37) y sus primeras victorias en Tesino (39-46) y Trebia (52-57); en el XXII, las derrotas romanas del lago Trasimeno (1-7) y de Cannas (38-61), con el interludio del enfrentamiento entre el dictador Fabio y Minucio, su jefe de la caballería (22-30); en el XXIII, la secesión de Capua (2-10), la caída de Casilino (18-19) y la intervención de Filipo V («primera» guerra macedónica), compensadas por éxitos parciales romanos en España; en el XXIV, éxitos militares romanos en Benevento y Nola, contrarrestados por reveses políticos en Sicilia y España; en el XXV, la conquista cartaginesa de Tarento (8-11) y el desastre de los Escipiones en España

(32-36), amortiguados por la toma de Siracusa (23-31) y el sometimiento de Sicilia por Marcelo (40-41).

Los libros XXVI-XXX reflejan la creciente supremacía romana hasta el triunfo definitivo: en el XXVI, mientras fracasa la marcha de Aníbal contra Roma, Roma recupera Capua (1-16) y Escipión el Africano conquista Cartagena (41-47); en el XXVII, los romanos reconquistan Tarento y aniquilan a Asdrúbal a orillas del Metauro (43-51); en el XXVIII, Escipión expulsa a los cartagineses de España (12-17) y se impone a la rebelión interna; en el XXIX, desembarca en África; en el XXX, vence a Aníbal en Zama (28-38).

En XXXI 1 tenemos un corto preámbulo, cuyo contenido no puede soslayarse a la hora de imaginar qué idea o qué planes se había hecho el autor sobre el desarrollo de su propia obra. Livio se congratula de haber llegado al final de la guerra púnica, «como si (él) mismo hubiera tomado parte en sus peligros y fatigas». Se refiere, claro está, a su identificación personal con los sufrimientos del pueblo romano, pero también a los trabajos y riesgos que la redacción de esta parte de su historia le ha puesto ante los ojos, a saber: las inquietantes proporciones de la obra prometida, pues cuando piensa que los sesenta y tres años de las dos guerras púnicas le han ocupado el mismo número de libros (15) que los casi cinco siglos primeros... «se me figura —dice— que, a medida que avanzo, como los que se adentran en el mar animados por el poco fondo próximo a la costa, me interno hacia profundidades cada vez mayores, hacia el abismo, casi; y como si mi obra que, a medida que iba concluyendo sus comienzos, parecía disminuir, creciera». A continuación, reanuda el relato: «A la paz con Cartago siguió la guerra con Macedonia».

Los últimos quince libros conservados (XXXI-XLV) giran en torno a Macedonia, que después de la derrota cartaginesa había ocupado el puesto de rival de Roma. Abarcan des-

de la paz con Cartago hasta el triunfo romano sobre Perseo (201-167 a. C.), y contienen el relato de la segunda guerra macedónica (200-196 a. C.) contra Filipo V, vencido por Flaminio en Cinoscéfalos; la guerra contra Antíoco III de Siria (192-189 a. C.), que terminó en la batalla de Magnesia; y la tercera guerra macedónica (172-168 a. C.), contra el heredero de Filipo, Perseo, derrotado por Paulo Emilio en Pidna. Los libros XXXI-XXXV cubren el período que va desde el comienzo de la guerra contra Filipo hasta el origen de la guerra contra Antíoco (200-192 a. C.); los libros XXXVI-XL, desde la declaración de guerra contra Antíoco hasta la muerte de Filipo y la subida de Perseo al trono de Macedonia (191-179); los libros XLI-XLV, desde los antecedentes de la guerra contra Perseo hasta el triunfo de Paulo Emilio (178-167 a. C.). Si la tercera década podría definirse como una epopeya (y etopeya) de Aníbal y sus antagonistas, el pueblo romano y sus líderes (Fabio y Escipión, sobre todo), en la cuarta y quinta décadas el relato vuelve al cauce conocido de un desarrollo exterior —la expansión del poder de Roma en Grecia y en Oriente— y otro interior —el insinuarse del lujo y la relajación como elementos corruptores de la sociedad romana.

Aunque menos valorados generalmente, y no sin razón, en las preferencias del lector, estos libros contienen, no obstante, numerosos episodios memorables, como el sitio de Abidos y la asamblea panetólica (XXXI 17-18 y 29-32), la batalla del desfiladero del Aous y la conferencia de Nicea (XXXII 32-37), la batalla de Cinoscéfalos y la proclamación de la libertad de Grecia (XXXIII 6-10 y 31-35), el debate sobre la abrogación de la *lex Oppia* (XXXIV 1-8), el asesinato de Nabis (XXXV 35-37), la batalla de las Termópilas y el choque naval de Corico (XXXVI 15-19 y 44-45), la batalla de Magnesia (XXXVII 39-44), el asalto de Ambracia y el proceso de los Escipiones (XXXVIII 4-5 y 50-60), la repre-

sión de las Bacanales y la muerte de Filopemén y el suicidio de Aníbal (XXXIX 8-19 y 49-52), el drama de Filipo y sus hijos (XL 5-16 y 23-24), la travesía del Olimpo por Quinto Marcio y la batalla de Pidna (XLIV 4-5 y 40-44), y el «tour» de Paulo Emilio por Grecia y el debate sobre su triunfo (XLV 27-28 y 35-42).

Aunque el carácter unitario de los libros XXXI-XLV parece reforzado por resonancias temáticas de principio a fin,<sup>50</sup> los críticos no suelen reconocer una división interna de la obra al final del libro XLV. Hay quien defiende la existencia de una cuarta y una quinta décadas (XXXI-XL y XLI-L), y quienes se inclinan por prolongar el grupo de libros (XXXI-XLV) hasta el XLVII o el XLVIII, tomando como nuevo punto de partida los orígenes de la tercera guerra púnica<sup>51</sup> o el comienzo real de la guerra;<sup>52</sup> otros lo extienden hasta el LII, que es la siguiente pausa más comúnmente admitida. En él se relataba el triunfo de los generales romanos en África, Macedonia y Grecia, con la destrucción de Cartago y de Corinto (146 a. C.), marcando así el final de la época de las grandes guerras extranjeras. A partir del 145 a. C., la narración se centra cada vez más en las relaciones políticas y los sucesos internos.

Junto al relato de algunas guerras menores (Viriato, Numancia, Yugurta, cimbrios), los libros LIII-LXX (145-92 a. C.) incluían la historia de la agitación social promovida por los Gracos, hasta el tribunado de Livio Druso. En la perióca LIX, el comentario de que un discurso del censor Q. Metelo para promover la natalidad lo recitó Augusto ante el Senado en defensa de una propuesta de ley suya con el mismo fin, «como

---

50. Compárese XXXI 1, 6-8, y XLV 9.

51. *Per.* XLVIII: Se exponen las causas de la tercera guerra púnica.

52. *Per.* XLIX: Comienzo de la tercera guerra púnica...

si hubiera sido escrito para nuestros días», indica que Livio estaba componiendo estos libros en torno al 18 a. C. Tampoco faltan quienes no reconocen una pausa en el libro LXX, pero el hecho de que en él se comprima la historia de siete años (98-92 a. C.) hace muy verosímil la idea de que Livio reservaba el LXXI para un nuevo comienzo.

El siguiente grupo de libros (LXXI-CVIII) empieza con la legislación promovida por el tribuno L. Druso (91 a. C.) que condujo al estallido del *bellum Italicum* —guerra social o de los aliados— y se extiende hasta el final de la guerra de las Galias (50 a. C.). Difícilmente pudo constituir un todo unitario la historia de un período tan amplio y de contenido tan heterogéneo: guerra social, guerra contra Mitrídates, guerra civil entre Mario y Sila, dictadura de Sila, guerra de Sertorio, segunda guerra mitridática, guerras contra los esclavos y contra los piratas, conjuración de Catilina, primer triunvirato... Pero la imprecisión de las divisiones internas —los temas se solapan en su desarrollo— extiende la continuidad hasta el libro CIX, donde se reconoce claramente el comienzo de una nueva sección. En el interior de este grupo las periéctas destacan el éxito de Pompeyo contra Sertorio en España (libro XCVI) y su triunfo sobre Mitrídates (CIII), y el excursus etnográfico antepuesto a las campañas de César en Germania (CIV). Con distintos grados de acuerdo, los autores admiten estas subdivisiones, inclinándose además por fijar otras en LXXX (muerte de Mario) y LXXXIX o XC (abdicación o muerte de Sila). No hay indicios sobre la época de composición. De esta parte de la obra ha llegado hasta nosotros una página de la guerra de Sertorio en una hoja suelta de un palimpsesto vaticano.<sup>53</sup>

A partir del libro CIX y hasta el final (CXLII), la dispo-

---

53. Véase *infra*, pág. 110.

sición que se percibe en *Ab Urbe condita* como obra acabada es muy diferente de la imagen que nos ofrece su proceso de composición. Desde el primer punto de vista, como obra acabada, el esquema es claro: los libros CIX-CXXXIII (49-29 a. C.), desde el paso del Rubicón hasta el triple triunfo de Octaviano, constituyeron la historia de las guerras civiles cuyo comienzo y final subrayan las periócas respectivas.<sup>54</sup> Dentro de este bloque destaca una primera sección, hasta la muerte de César, compuesta por los ocho libros (CIX-CXVI) que en las periócas llevan el subtítulo «que es el primero (segundo, tercero, etc.) de la guerra civil». La mayoría de los críticos señala además un segundo corte en CXXIV, hasta la batalla de Filipos, con lo que las «guerras civiles» serían la de César y Pompeyo (CIX-CXVI), la del segundo triunvirato contra los republicanos (CXVII-CXXIV) y la de Octaviano contra Antonio (CXXV-CXXXIII). Los libros CXXXIV-CXLII trataban del principado de Augusto hasta la muerte de Druso en Germania, en el año 9 a. C. Del libro CXX procede el otro fragmento mayor conservado, el relato de la muerte de Cicerón.<sup>55</sup>

Pero desde el punto de vista de su redacción, la imagen de esta parte de la obra es muy diferente. La perióca del libro CXXI tiene un título del mayor interés: «que fue publicado, según se dice, después de la muerte de Augusto». La interpretación más plausible es que esa información procede del prefacio del libro. Se entiende, claro está, que esta circunstancia afecta a todos los siguientes, es decir, que tras la aparición del libro CXX, según puede calcularse, en torno al año 8 d. C.,

---

54. *Per.* CIX: Se exponen las causas y los inicios de la guerra civil; CXXXIII: ... celebró tres triunfos ... poniendo fin a veintidós años de guerras civiles.

55. SÉNECA EL RETÓRICO, *Suasorias* VI 17.

Livio dejó de publicar hasta después del mes de agosto del año 14 d. C.<sup>56</sup>

Las razones de esta interrupción no las conocemos. Se ha pensado que el contenido de ese libro, o de los siguientes, iba a ser poco halagador para el *princeps*... pero, como observa Syme, el libro CXX contenía ya la censurable intervención de Augusto en las proscripciones y lo más probable es que los motivos que indujeron a Livio a no seguir publicando no estuvieran en el pasado, sino en el presente inmediato. Por ese mismo tiempo se suicidaba el orador e historiador T. Labieno, un pompeyano radical que no quiso sobrevivir a su obra, condenada a la hoguera por decreto del Senado, mientras que otra víctima de la misma condena, el orador Casio Severo, marchaba al exilio. Tito Livio, cuyos últimos libros le habían valido por parte de Augusto la amistosa recriminación de «pompeyano», aunque su obra no corriera peligro, pensó que no era digno publicar libremente cuando otros pagaban tan caro el expresarse con libertad.<sup>57</sup>

Es posible también que a la protesta de silencio por el trágico destino de Labieno y de Casio Severo se uniera en Livio la decepción por el giro que tomaba el presente cuya historia había pensado relatar, y decidiera dar por concluida su obra. El futuro emperador Claudio —es de creer que siguiendo el consejo que le había pedido a Livio—<sup>58</sup> inició su vocación con una historia de su propia familia a partir del año 44 a. C. Los historiadores de hechos contemporáneos solían

---

56. A. KLOTZ, *loc. cit.* (v. nota 44). No hay razón para sospechar que sea una noticia espúrea insertada tardíamente en la transmisión. Cf. M. D. REEVE, «The transmission of Florus' *Epitoma de Tito Livio* and the *Periochae*», *Class. Quarterly* 38 (1988), 478.

57. R. SYME, *loc. cit.* (véase nota 14), pág. 449.

58. W. HOFFMANN, «Livius und die römische Geschichtsschreibung», E. BURCK (ed.), *Wege zu Livius*, Darmstadt, 1977, pág. 74, n. 9.

comenzar su obra donde un predecesor ilustre había concluido la suya. Es tentador pensar que el consejo de Livio al joven Claudio fue que enlazara con el que entonces era o iba a ser el final de *Ab Urbe condita*. El libro CXX terminaba en el año 43 a. C. Sea como fuere, la decisión de Livio de no publicar no significó dejar de escribir o, al menos, no por mucho tiempo. Siguió escribiendo y retuvo inéditos los libros terminados que habría de publicar después de la muerte de Augusto. El libro CXXI bien pudo ser aquel en el que, según cuenta Plinio el Viejo, Livio comenzaba diciendo «que ya había alcanzado gloria bastante y que habría podido retirarse, si no fuera porque su espíritu inquieto encontraba su alimento en el trabajo». Así explicaba su regreso y reanudaba el contacto con el lector después de un largo silencio.<sup>59</sup>

Sobre el final de *Ab Urbe condita* en el libro CXLII y el año 9 a. C., las opiniones están divididas. Hasta no hace mucho tiempo se pensaba que Livio había muerto sin haber podido terminar su obra. Se basaba esta idea en la creencia de que Livio había escrito apresuradamente (del 14 al 17 d. C.) los libros CXXI-CXLII y que la extrema brevedad de la períoca del último libro indicaba que había quedado incompleto; pero Gertrud Hirst arguyó que, si Livio al final de su vida había escrito a vuelapluma los veintidós últimos libros, era con la intención de llegar a una meta, la muerte de L. Druso en Germania en el año 9 a. C., que podía ser perfectamente un final intencionado: en los últimos libros la referencia a sus conquistas era constante, se trataba de un personaje de conocidas simpatías democráticas y su muerte habría sido interpretada por Livio como la desaparición de la última esperanza republicana. R. Syme argumenta exhaustivamente en favor de la propuesta de Hirst, pero piensa que el proyecto

---

59. PLINIO, *Hist. Nat.*, pref., 16.

original de Livio se extendía hasta el final de las guerras civiles y el restablecimiento de la paz con el triunfo de Octaviano (libro CXXXIII), y que los nueve últimos libros (CXXXIV-CXLII), hasta la muerte de Druso en el año 9 a. C., con un final escogido y adecuado, fueron un apéndice sobre «La República de César Augusto», de cuyo comienzo podría proceder el pasaje citado por Plinio. Por otra parte, cree que Livio puso punto final a su obra, incluido el apéndice, entre los años 4 y 10 d. C., siendo indiferente que muriera antes o después que el *princeps*.<sup>60</sup>

Posteriormente, Ph. A. Stadter y G. Wille han restablecido la opinión antigua. El primero opina que el término previsto por Livio en un principio era el libro CXX (la quiebra del régimen republicano con la formación del segundo triunvirato y la muerte de Cicerón) y que los últimos veintidós libros fueron un apéndice sobre hechos contemporáneos que probablemente quedó incompleto a la muerte de su autor. Para G. Wille, solo su propia muerte pudo impedir a Livio culminar su proyecto de llegar a la muerte de Augusto en el libro CL.

Las opiniones de Stadter y de Wille sobre el final previsto de *Ab Urbe condita* en los libros CXX o CL reflejan su convencimiento de que toda la obra de Livio respondió a un patrón numérico. Esto parece indiscutible hasta el libro XLV; en los libros conservados y en los resúmenes de los que se perdieron se distinguen objetivamente dos unidades temáticas de quince libros cada una (I-XV y XVI-XXX) y un último grupo de quince libros (XXI-XLV), cuya cohesión desde el

---

60. R. SYME, *loc. cit.* (v. nota 14), págs. 410 y 416. La fecha del «punto final» no tiene otra razón de ser que la anticipación en cinco años del nacimiento y de la muerte de Livio defendida por el autor, *ibidem*, págs. 414-415.

punto de vista del contenido, aunque más discutida, no deja de ser verosímil. También se reconoce, en general, que cada uno de esos tres bloques de quince libros está compuesto por unidades menores de diez y cinco libros, coincidentes con divisiones temáticas más o menos marcadas. El esquema de los primeros cuarenta y cinco libros es, pues, el siguiente:

I-XV: Desde la fundación de Roma hasta el final de la conquista de Italia:

I-V: Desde la fundación de la ciudad al saqueo de Roma por los galos.

VI-XV: La conquista de Italia:

VI-X: Las guerras samníticas.

XI-XV: La guerra contra Pirro.

XVI-XXX: Las guerras contra los cartagineses:

XVI-XX: La primera guerra púnica.

XXI-XXX: La segunda guerra púnica:

XXI-XXV: Aníbal vence a Roma.

XXVI-XXX: Roma vence a Aníbal.

XXXI-XLV: Las guerras de Oriente:

XXXI-XXXV: La guerra contra Filipo V.

XXXVI-XL: La guerra contra Antíoco.

XLI-XLV: La guerra contra Perseo.

Frente a la opinión común de que en los libros perdidos Livio, sobrepasado por una materia cada vez más amplia y más compleja, abandonó su empeño inicial de dividir su obra en grupos de cinco, diez o quince libros, Ph. A. Stadter y G. Wille, como antes P. G. Walsh, afirman que no solo siguió con el método, sino que lo endureció: de las tres opciones que se había permitido, renunció a dos. Para Walsh, toda la obra de Livio estaba compuesta por péntadas; Stadter distribuye los 120 li-

bros del «proyecto original» en doce décadas; Wille ve en ella un esquema incompleto de diez unidades de quince libros.

Son muchos los datos que militan contra la idea de un patrón numérico fijo en la composición de los libros perdidos con correspondencias temáticas semejantes a las que se advierten en la parte que se nos ha conservado: confidencias del propio Livio en XXXI 1, agrupamientos irregulares como el de los libros CIX-CXVI, excursos o prefacios que no encajan en ningún múltiplo... La hipótesis solo se hace verosímil si se admite que el cambio en la materia histórica trajo consigo un cambio en los hábitos compositivos del autor: el desplazamiento del foco de interés de las guerras externas a los conflictos internos se habría traducido en una composición no subordinada rigurosamente, como al principio, a las épocas marcadas por los conflictos bélicos, sino atenta sobre todo a los procesos sociales y a los personajes históricos como elementos unificadores de los sucesivos grupos de libros.<sup>61</sup> El esquema decádico de Stadter ha encontrado aceptación desde un punto de vista literario<sup>62</sup> y debe ser tenido en cuenta, aunque solo sea porque permite contemplar la parte perdida de *Ab Urbe condita* como una construcción abarcable y equilibrada; en su análisis, los últimos veintidós libros CXXI-CXLII no presentan signos de composición decádica; los anteriores, desde el XLVI, responderían al siguiente esquema:

---

61. Criterio decisivo para G. WILLE (véase nota 44): los libros XLVI-LX serían «La época de Escipión Emiliano», LXI-LXXV la de Mario, LXXVI-XC la de Sila, XC-CV la de Pompeyo, CVI-CXX la de César, hasta el final de la República, CXXI-CXXXV la de Octaviano en lucha por el poder, y CXXXVI-(CL) la de Roma bajo la paz de Augusto.

62. Cf., p. ej., P. G. WALSH (1974) (véase nota 44) págs. 9-10; R. M. OGILVIE, «Livy», *The Cambridge History of Class. Lit.* II (*Latin Lit.*), pág. 458. [Hay trad. cast.: *Historia de la literatura clásica*; II, *Lit. lat.*, trad. de ELENA BOMBÍN, Madrid, Gredos, 1989.]

XLVI-L: El sometimiento final de Grecia y Asia.

LI-LX: Asuntos internos desde la caída de Cartago a la legislación de C. Graco.

LXI-LXX: Los treinta años desde Graco a M. Livio Druso.

LXXI-LXXX: Las guerras civiles hasta la muerte de Mario.

LXXXI-XC: Las guerras civiles hasta la muerte de Sila.

XCI-C: El ascenso de Pompeyo hasta el 66 a. C.

CI-CX: La hegemonía de Pompeyo.

CXI-CXX: La guerra civil: desde la muerte de Pompeyo a la muerte de Cicerón (43 a. C.).

En este esquema puede verse reflejada, según Walsh, la interpretación titoliviana de la historia de Roma. En el prefacio, después de encarecer las virtudes de quienes habían forjado la grandeza del poder romano, Livio invita al lector a seguir mentalmente el proceso de su decadencia, comparable al de un edificio que se va degradando: la integridad moral de los romanos, con el paulatino relajamiento de la disciplina, primero se resquebrajó, luego se fue desmoronando más y más, y, por último, comenzó a desplomarse por el suelo.<sup>63</sup> Hasta el libro L, la historia de Livio ha sido la del nacimiento y engrandecimiento de ese poder gracias a la rectitud política y moral de los romanos. En la década LI-LX, con la destrucción de Cartago, Roma, sin enemigos, pierde el vínculo más fuerte de cohesión social; el Estado comienza a verse sacudido por la agitación revolucionaria encabezada por los Gracos: asistimos a la primera fase de la decadencia. Los treinta años comprendidos en los libros LXI al LXX, con «la venalidad de los senadores y la indisciplina de los generales», vieron agravarse y extenderse

---

63. Liv., *Praef.* 9. P. G. WALSH, *loc. cit.* (v. nota 62).

la degradación. Por último, el colapso político y moral de la sociedad romana se extiende desde el libro LXXI al CXX, cincuenta libros para cincuenta años (91-43 a. C.) de guerras civiles, desde la que enfrentó a Roma con los pueblos itálicos hasta el final de la de César y Pompeyo.

#### IV. SU LUGAR EN LA HISTORIOGRAFÍA ROMANA

El prefacio de Livio es una pequeña joya literaria que persigue objetivos conocidos con medios convencionales. El historiador busca en el prefacio los mismos fines que el orador en el exordio, enganchar al lector y crear en él una actitud benévola. Para ello, la retórica disponía de un arsenal de lugares comunes: modestia o prestigio del que habla, novedad, importancia o dificultad del asunto, etc. En la obra histórica, el prefacio es también el lugar apropiado para que el autor exponga sus principios, lo que trajo consigo nuevos tópicos: los deberes del historiador, la naturaleza de los procesos históricos, el beneficio de su conocimiento... Analizado bajo esos criterios, el prefacio de Livio no es, en apariencia, más que un hilvanado de ideas recibidas.<sup>64</sup>

Al mismo tiempo, en opinión de muchos, se trata del prefacio más personal de la historiografía antigua. El arte que combina aspectos tan dispares se resiste a ser definido. En cuanto al contenido, su originalidad se muestra en concebir el pasado como refugio del presente y en invocar a los dioses a la manera de los poetas; en la expresión sorprende la soltura con la que el texto fluye, como siguiendo no un orden lógico

---

64. Vid. T. JANSON, *Latin prose prefaces. Studies in literary conventions* (Studia Lat. Stockholmiensia, 13), Estocolmo, 1964, espec. págs. 64-74. Cf. R. M. OGILVIE, *Commentary* (véase nota 14), págs. 23-28.

preestablecido, sino el curso de las ideas que acuden espontáneamente al pensamiento. En ambos planos lo peculiar consistiría en rasgos que lo definen como acto de comunicación. Frente al distanciamiento solemne de los prefacios al uso, el de Livio se distingue por entablar desde el principio una relación directa, llana, casi confidencial con el lector. La naturalidad discursiva del texto podría deberse a que, siendo un monólogo, su construcción sigue el ritmo de un diálogo implícito entre el emisor del mensaje y su público.

La familiaridad con la que Livio se dirige al lector es un poderoso recurso de la *captatio benevolentiae*; con ese mismo fin, en toda su modestia, Livio comienza escudando la osadía de su proyecto tras un noble patriotismo. No sabe, dice, si valdrá la pena volver sobre un asunto tan viejo y tan trillado, pero, en todo caso, a él le llenará de orgullo haber contribuido, en la medida de sus fuerzas, a perpetuar la memoria de «la nación más grande de la tierra»; y si entre tantos autores su fama quedara oscurecida, el prestigio de quienes hayan ensombrecido su nombre le servirá de consuelo. Su tema es una enorme tarea: abarca más de siete siglos y, nacido de pequeños principios, tanto ha crecido que «ya se resiente bajo el peso de su propia grandeza»; además, está seguro de que la mayoría de los lectores, impacientes por llegar «a estos tiempos nuevos, en los que se aniquilan a sí mismas las fuerzas de un pueblo que desde antiguo ha impuesto su dominio», no disfrutarán mucho con la historia de sus orígenes y tiempos inmediatos. Él, por su parte, al menos mientras le absorba la evocación de aquella edad remota, espera obtener de su trabajo la recompensa añadida de alejar su mirada de las «desgracias que nuestro tiempo lleva tantos años viendo», libre de las preocupaciones que pueden, si no desviar al historiador de la verdad, sí, al menos, privarle de sosiego.

En cuanto declaración de principios, el texto se centra en tres cuestiones fundamentadas en el proceso histórico romano: neutralidad crítica frente a la no historicidad de la tradición legendaria, concepto ético de la causalidad de los hechos y primacía del valor instructivo del conocimiento histórico. El marco en que estas cuestiones se incardinan, la historia de Roma, es, para Livio, un proceso de degradación moral en el que, a partir de un pasado intachable, con el abandono de las virtudes que fraguaron su grandeza, se ha llegado a un presente que, heredero orgulloso de un imperio, está viendo esa herencia amenazada por la autodestrucción y el desconcierto.

Inmediatamente después de referirse a la impopularidad de la historia primitiva, aludiendo de paso al deber del historiador de no apartarse de la verdad, el hilo de su pensamiento lleva a Livio a los relatos maravillosos que adornaban la historia de la fundación de Roma: no es su intención ni confirmarlos ni rechazarlos; ese mezclar a los dioses en la historia humana es una licencia otorgada a la Antigüedad para hacer más venerable el origen de las ciudades, y si a algún pueblo hay que reconocerle ese derecho, «la gloria bélica de Roma es tan grande que, si se le antoja proclamar por padre suyo y de su fundador al dios de la guerra, las demás naciones deberían aceptarlo con la misma naturalidad con que aceptan su imperio». Pero son cosas a las que no piensa darles mayor importancia; en lo que él quiere que todos y cada uno le pongan la más viva atención es en el tenor de vida, en las costumbres, en qué clase de hombres y por qué medios hicieron surgir y prosperar, en la paz y en la guerra, ese imperio; y que se observe luego cómo el relajamiento de la disciplina provocó una creciente degradación, hasta llegar a «estos tiempos en los que ya no podemos soportar ni nuestros males ni los remedios para ellos». Sin transición, proclama: «Lo más saludable y provechoso de la historia es que puedes ver, expuestas

en espléndido monumento, toda clase de probadas enseñanzas, y tomar de ahí lo que, para tu propio bien y el de tu patria, debes imitar y aquello que debes evitar por ser vergonzoso en sus comienzos, o por sus vergonzosos resultados». Por último, entona un encendido elogio de las costumbres antiguas, señalando las virtudes que la sustentaban y los vicios que causaron su ruina: «Por lo demás, o el amor por la obra que he emprendido me engaña, o no hubo nunca nación más grande, ni más pura, ni más rica en buenos ejemplos, ni ciudad en la que tardaran más en penetrar la codicia y el lujo, o en donde se honrara más o por más tiempo a la pobreza y a la parquedad»; todo había cambiado no hacía mucho: «la riqueza generó codicia, y la abundancia de placeres, el deseo de perderse y de perderlo todo en medio de derroches y desenfrenos». Pero Livio no quiere terminar su prefacio con importunas quejas, sino iniciar su obra con los mejores augurios: si fuera costumbre de los historiadores, como de los poetas, invocar a los dioses, con gusto les rogaría que llevaran la suya a feliz término.<sup>65</sup>

La obra de Livio no solo tuvo la suerte que él pedía, sino que eclipsó a los autores cuya fama habría de consolarle de un posible fracaso. Ya eran muchos los historiadores romanos y mucha la variedad de escritos históricos, pero, sin duda, él se refería especialmente a aquellos con los que su obra iba a competir de igual a igual, es decir, a los *annales* o historias de Roma desde su fundación, y a sus autores, los analistas. La voluntad de Livio de emularlos a todos hace que la historia de la analística sea la base más idónea para interpretar correctamente su proyecto historiográfico (sin olvidar que, siendo los

---

65. Para la interpretación del prefacio de Livio, véase M. MAZZA, *Storia e ideologia in Tito Livio: per un'analisi storiografica della Praefatio ai Libri ab urbe condita*, Catania, 1966. *Vid., infra*, Bibliografía III a.

analistas la fuente principal de la parte conservada de *Ab Urbe condita*, cada uno de ellos, en la medida en que puede ser identificado y conocido, es referencia obligada para su análisis histórico y literario).

Los eruditos romanos (Gelio, Servio) distinguían los *anales* de las *historiae* o *Res gestae* en un doble sentido: como pura crónica enumerativa frente a la historia pragmática o científica y como historia de las generaciones pasadas frente a la de los tiempos vividos por el autor. Según esta segunda distinción, se dio en decir que la obra de Livio constaba de *annales e historiae*.

Los investigadores modernos distinguen tres generaciones de analistas anteriores a Livio.<sup>66</sup> El primero fue Fabio Píctor, que a comienzos del siglo II a. C. escribió en griego la primera historia de Roma para dar a conocer los nobles orígenes y el alto destino de su patria y defender la política romana en la reciente guerra. Su ejemplo fue seguido por L. Cincio, coetáneo suyo, y por G. Acilio y A. Postumio, que escribieron casi ya mediado el siglo; todos ellos forman la analística primitiva. Era comprensible que Fabio escribiera en griego para dirigirse al mundo en el que Roma acababa de irrumpir tras su victoria sobre Aníbal, pero seguir haciéndolo después de las guerras macedónicas revelaba ya un complejo de inferio-

---

66. Sobre el desarrollo de la historiografía anterior a Livio y su encuadramiento en ella, véanse E. BADIÁN, «The early historians», T. A. DOREY (ed.), *Latin Historians* (Studies in Latin lit. and its influence), Londres, 1966, págs. 1-38; W. HOFFMANN, «Livius und die römische Geschichtsschreibung», E. BURCK (ed.), *Wege zu Livius*, Darmstadt, 1977, págs. 68-95 (= *Antike und Abendland* 4 [1954], 171-186); F. KLINGNER, «Römische Geschichtsschreibung», *Wege zu Livius*, págs. 17- 36; Id., «Livius», *ibid.*, págs. 48-67; A. H. McDONALD, «The Roman historians», Platnauer (ed.), *Fifty years (and twelve) of classical scholarship*, Oxford, 1968, págs. 465-479; P. G. WALSH, *Livy...* (véase nota 14), págs. 20-45.

ridad cultural. Catón reaccionó iniciando la historiografía romana en latín; su obra, *Origines*, que incluía la prehistoria de otras comunidades itálicas, pretendía reforzar en ese marco la identidad nacional, socavada por la grequización que fomentaban los círculos aristocráticos, y restablecer la antigua moral, corrompida por el contacto exterior; transcribió en ella sus propios discursos, con lo que, en parte, la escribió en defensa propia. Catón dio paso a la analística media, o analistas del tiempo de los Gracos, C. Hemina, Calpurnio Pisón, G. Fannio, Gn. Gelio, entre otros, que en el último tercio del siglo siguieron en distinta medida las líneas trazadas por él. Los analistas de las dos primeras generaciones fueron todos hombres de experiencia política que escribieron para un número reducido de lectores de sus mismos círculos con la idea de formar minorías, defender una postura personal u ofrecer a los interesados el conocimiento, siempre valioso, de precedentes históricos; la mayoría trató con amplitud el período legendario y la época contemporánea y con brevedad los siglos intermedios. Frente a ellos, los autores de la analística moderna o posterior a Sila, Valerio Antias o Anciate (de Ancio), Licinio Macro y Claudio Cuadrigario, que escribieron en los años 70 a. C., se caracterizaron por ser sobre todo hombres de letras (solo Macro tuvo actividad política) que llenaron el vacío narrativo de los primeros siglos republicanos y escribieron al servicio de un clan familiar o de un partido, al tiempo que respondían al interés de un mayor número de lectores por un producto más literario.

Aparte del influjo de las transformaciones sociales sobre autores y lectores, los cambios sufridos por la analística, como se ha dicho de la historiografía romana en general, estuvieron condicionados por sus orígenes en el ámbito de la religión del Estado y por el influjo de los modelos griegos. En Grecia, la historia, nacida con Heródoto, había alcanzado su

más alto nivel hacia finales del siglo v a. C. con la obra de Tucídides, que propugnaba la investigación de la verdad objetiva de los hechos políticos y militares, el análisis racional de sus causas y efectos, y la misión de ser útil al hombre de Estado. En los siglos siguientes predominó una historiografía menos científica en la que ya es costumbre distinguir dos tendencias: la isocrática o retórica, representada por Éforo y Teopompo, que, aunque acataba la primacía de la verdad, admitía contenidos legendarios, generalizando el valor formativo de la historia bajo un concepto de provecho moral; y la peripatética o trágica, cultivada señaladamente por Duris y Clitarco, que buscaba el placer del lector antes que su aleccionamiento y ponía el efectismo del relato por encima de la verdad. En Roma, desde los primeros tiempos de la ciudad, según la tradición antigua, y a partir del 400 o del 300 a. C., en opinión de la crítica moderna, uno de los cometidos del pontífice máximo, cabeza de la religión del Estado, fue cuidar del registro de los principales sucesos expuesto al público en su residencia. Estas anotaciones, primera documentación sistemática de la historia de Roma, dieron lugar a los *annales*; en estos figuraban los nombres de los cónsules del año y un resumen de lo ocurrido bajo su mandato. A ciencia cierta solo sabemos que incluían noticias sobre eclipses, carestías y cosas parecidas, pero es lógico pensar que contenían también información de otra naturaleza: sobre las guerras y los principales acontecimientos internos, sobre las leyes y los más importantes decretos del Senado. En todo caso, cuando alrededor del 120 a. C., regularizados y posiblemente ampliados con material de otros archivos, se publicaron con el nombre de *Annales Maximi*, formaban una voluminosa crónica, tal vez algo así como la crónica oficial del Estado romano.

El influjo de los modelos griegos y de la documentación de los pontífices sobre las primeras generaciones de analistas

son difícilmente comprobables, dada la práctica desaparición de la historiografía romana primitiva; es la propia obra de Livio la que permite entrever su efecto sobre los analistas modernos, que fueron sus fuentes más directas. La publicación de la crónica de los pontífices estereotipó el esquema narrativo heredado por Livio, y al difundir una información antes solo accesible a unos pocos, posibilitó la redacción de historias *ab Urbe condita* por autores ajenos al mundo de la política. Inspirándose en modelos griegos, los últimos analistas añadieron al planteamiento moral de inspiración isocrática, presente en sus predecesores, la habilidad y libertad de elaboración literaria propias de la historiografía trágica, que utilizaron para ampliar el escueto relato de los primeros siglos de la República; también los argumentos de la historiografía científica pudieron pesar en la decisión de Cuadrigario de excluir de su historia todo lo anterior al asalto e incendio de Roma por los galos.

En alguno de estos cambios los últimos analistas no tuvieron más que seguir el precedente de autores que cultivaron otras variedades historiográficas, como la monografía histórica y la historia contemporánea. También Livio halló en ellos fuentes documentales y, sin duda, ejemplos que seguir o que evitar por sus principios teóricos o por sus resultados literarios. La primera monografía histórica latina fue el *Bellum Punicum*, de Celio Antípato, publicado por la misma época que los *Annales Maximi*. Antípato fue el primer historiador que no perteneció a la clase política y el primero también en buscar el placer y la emoción del lector, no su aleccionamiento, dando cabida en su obra a lo excitante y a lo maravilloso. En la historia sobre sucesos contemporáneos, el primer autor romano, tras el ejemplo de Polibio, fue Sempronio Aselión. Polibio, uno de los nobles aqueos deportados a Roma tras la batalla de Pidna, consejero del círculo combatido por Catón y